

—Capitan, el buque hace agua; la máquina vá á apagarse.

Aquel momento fué espantoso.

El choque parecia un suicidio: no hubiera sido más terrible hecho adrede. La *Duranda* se lanzó sobre los peñascos como si atacase al escollo, y una punta de roca la entró en el casco como un clavo. Más de una toesa cuadrada de palmejares habia saltado; el estrave estaba roto, el tajamar destrozado, la proa hundida, y el casco abierto tragaba el agua del mar con hervor horrible. Por esa herida entraba el naufragio. La repercusion fué tan violenta, que en la popa hizo trizas la cadena que afianzaba el gobernalle y éste quedó desencajado y suelto. El escollo habia desfondado el buque, y á su alrededor solo se veia niebla densa y compacta, que á la sazón era negra. Era ya casi de noche.

La *Duranda* se sumergia por la proa como el caballo que lleva en las entrañas la cornada del toro.

En el mar se empezaba ya á sentir la hora de la marea.

Tangrouille estaba ya sereno, porque la embriaguez se disipa ante el naufragio; bajó al sollado, volvió á subir á cubierta y dijo:

—Capitan, el agua inunda la sentina. Dentro de diez minutos llegará al nivel de los imbornales.

Los pasajeros corrian por la cubierta desolados, retorciéndose los brazos, asomándose á los bordes del buque, mirando la máquina, haciendo todos los movimientos inútiles del terror.

Clubin hizo con la mano una señal y todos callaron. Despues le preguntó á Imbrancam:

—¿Cuánto tiempo podrá funcionar la máquina?

—Cinco ó seis minutos.

Despues el capitan, dirigiéndose al pasajero guernesiano, le dijo:

—Cuando yo estaba en el timon vos habeis observado la roca. ¿En qué banco de los Hanois hemos encallado?

—En la Mauve. Hace poco, durante un momento de claridad, la he reconocido.

—Pues si estamos en la Mauve, repuso Clubin, tenemos el Hanois mayor á babor y el Hanois menor á estribor, y estamos á una milla de tierra.

La tripulacion y los pasajeros, temblando de ansiedad y atentos, escuchaban al capitan, mirándole fijamente.

Aligerar el buque no tenia objeto, y por otra parte era imposible. Para echar

el cargamento al mar era necesario abrir las portas, y esta operacion facilitaria la entrada del agua. Echar el áncora era inútil habiendo encallado; además, si en aquel fondo el áncora no se hubiera apalancado, la cadena no la hubiera podido sujetar. No estando estropeada la máquina y pudiendo servir al buque mientras el fuego no se apagase, es decir, durante algunos minutos, era posible á fuerza de ruedas y de vapor retroceder y arrancar la embarcacion del escollo. Pero en este caso zozobraría inmediatamente, porque la roca, hasta cierto punto, tapaba la avería y dificultaba el paso del agua, sirviéndola de obstáculo. Desembarazando la abertura seria imposible cegar la vía de agua y dominarla con las bombas. El que saca el puñal que ha clavado en el corazón, mata inmediatamente al herido. Desprenderse de la roca era irse á pique.

Los bueyes, al sentirse alcanzados por el agua de la sentina, empezaban á mugir.

Clubin dijo con voz de mando:

—El bote al agua.

Imbrancam y Tangrouille obedecieron con precipitacion y soltaron las amarrazas. El resto de la tripulacion lo miraba inmóvil, como si todos estuviesen petrificados.

—Todos á la maniobra, gritó Clubin.

Entonces le obedecieron.

A los pocos instantes el bote estuvo en el agua.

En aquel momento las ruedas de la *Duranda* se pararon, cesó el humo de la chimenea; el horno se habia ahogado.

Los pasajeros, deslizándose á lo largo de la escala ó colgándose de los cables, más que bajaban, se dejaban caer dentro del bote. Imbrancam levantó al turista desmayado, lo depositó en la chalupa y subió otra vez al buque.

Los marineros se precipitaban detrás de los pasajeros, pisoteando al grumete que habia caído á sus piés, pero Imbrancam les cerró el paso.

—Nadie ha de pasar antes que el chico, les dijo.

Con sus dos brazos de ébano apartó á los marineros, cogió al grumete y se lo pasó al pasajero guernesiano, que estaba en pié dentro del bote y recibió al muchacho.

Salvado el grumete, Imbrancam dijo á los demás:

—Pasad ahora.

Entre tanto Clubin estaba en su ca-

marote haciendo un paquete con los papeles de á bordo y los instrumentos. Sacó la brújula de la bitácora. Entregó los papeles y los instrumentos á Imbrancam, la brújula á Tangrouille, y les dijo:

—Bajad al bote.

Ambos obedecieron; la tripulacion ya les habia precedido; el bote estaba lleno y el oleaje besaba sus bordes.

—Ahora, les gritó Clubin, partid.

Un grito general salió del bote.

—Y vos, capitan?

—Yo me quedo.

Los que naufragan no tienen tiempo para deliberar ni casi, casi, para enternecerse; sin embargo, los que se encontraban en la chalupa relativamente seguros, experimentaron una emocion que no era egoista. Todos á la vez gritaron:

—Venid con nosotros, capitan.

—Me quedo.

El guernesiano, que conocia el mar, le replicó:

—Capitan, escuchadme. Hemos varado en los Hanois, y á nado solo hay que andar una milla para llegar á Pleymont; pero yendo embarcados no se puede atracar más que en la Roquaine, que dista de aquí dos millas, porque hay rompientes y niebla. El bote no llegará antes de dos horas, porque la noche será muy oscura, la marea sube, el viento refresca y vá á estallar una borrasca. Desearnos venir á buscaros despues, pero si el temporal arrecia, nos será imposible. Embarcaos, pues, con nosotros.

El parisiense intervino, diciendo:

—El bote está demasiado lleno y un hombre más en él será un hombre sobrante; pero somos trece, y este número es fatal. Más vale sobrecargar la barca con el peso de otro hombre, que pese sobre ella este fatídico número. Venid con nosotros, capitan.

Tangrouille añadió:

—La culpa es mia, y no es justo que os quedeis ahí.

—Me quedo, dijo Clubin por tercera vez. La tempestad hará trizas esta noche al buque, pero yo no lo abandonaré. A buque perdido, capitan muerto. Quiero que se diga que hasta el fin he cumplido con mi deber. Tangrouille, yo os perdono.

Cruzándose los brazos, gritó:

—Atencion á la voz de mando. ¡Larga en banda la amarra!

El bote se estremeció. Imbrancam habia cogido el gobernalle. Las manos que

no remaban se dirigian hácia el capitan, y las bocas exclamaron:

—Viva el capitan Clubin!

—Es un hombre admirable, dijo el americano.

—Es el hombre más honrado que navega por el mar, le respondió el guernesiano.

Tangrouille lloraba.

—Si tuviese yo corazón, se dijo á sí mismo, me hubiera quedado con él en el buque.

El bote se abismó en la niebla y desapareció.

El ruido de los remos fué decreciendo hasta desvanecerse absolutamente.

El capitan Clubin se quedó solo en la *Duranda*.

VI.

El interior de un abismo alumbrado.

Quando se vió junto á aquel escollo, entre la niebla, en medio del agua, lejos de todo contacto viviente y de todo ruido humano, abandonado por muerto, solo, entre el mar que subia y la noche que bajaba, sintió profunda alegría.

Habia conseguido lo que se propuso. Realizaba sus sueños. Le pagaban la letra de cambio que á largo plazo habia girado contra el destino.

Ser abandonado era para él emanciparse. Se encontraba en los Hanois, á una milla de distancia de la tierra, y tenia en su poder setenta y cinco mil francos. No podia verificarse un naufragio con mayor habilidad; nada le habia faltado para ser verosímil; todo estuvo previsto. Clubin, desde su juventud, solo tuvo una idea fija: colocar la honradez como una puesta en la ruleta de la vida, pasar por hombre probo, y de este modo esperar la ocasion propicia; aprovechar la coyuntura, adivinar el momento; no tantear, sino agarrar; dar un golpe, uno solo, pero decisivo; cargar con todo y dejar detrás de él á los imbéciles. Quería hacer de una vez lo que los estafadores vulgares hacen en veinte, y así como ellos van á parar á la horca, ir él á parar á la fortuna. El encuentro de Rantaine fué para él un rayo de luz, que le hizo combinar su plan inmediatamente. Hizo vomitar á Rantaine los setenta y cinco mil francos que se habia tragado; pensaba anular las revelaciones posibles desapareciendo; para desaparecer queria pasar por muerto, que es la mejor de las desapariciones, y para pasar por muerto

tenía que perder la *Duranda*. Necesitaba este naufragio, y además dejar una buena reputación, para que toda su existencia fuese una obra maestra.

El que hubiera visto á Clubin en el naufragio hubiera creído ver un demonio, pero un demonio feliz. Había pasado toda la vida para llegar á aquel minuto; toda su persona expresaba estas palabras: Al fin lo conseguí! Serenidad espantosa hizo palidecer su frente oscura. Sus ojos empañados, en cuyo fondo se creía ver algo cerrado, se convirtieron en profundos y terribles; reverberaban el incendio interior del alma.

El fuero interno tiene, como la naturaleza exterior, tensión eléctrica. Una idea es un meteoro; en el instante del buen éxito, las meditaciones acumuladas que lo preparan se entreabren y de ellas brota una centella; es felicidad que tiene brillo encerrar dentro de sí la garra del mal y sentir en ella una presa; el mal pensamiento que triunfa ilumina la fisonomía; las combinaciones que se consiguen, los fines que se logran, ciertas felicidades malvadas, hacen en los ojos de los hombres aparecer y desaparecer expansiones lúgubres y luminosas. Esa tempestad alegre, esa aurora amenazadora, salen de la conciencia cuando se convierte en sombría y en nublada, y brillaron en las pupilas del capitán.

El bribón comprimido que existía en Clubin hizo explosión.

Clubin miró la oscuridad inmensa, y no pudo contener siniestra carcajada al ver que era libre, al ver que era rico.

Al fin se despejaba su incógnita y resolvía su problema.

Clubin podía disponer aun de bastante tiempo. La marea subía y por consiguiente sostenía á la *Duranda*, que acabaría quizás por ponerse á flote. El buque, entre tanto, estaba sólidamente adherido al escollo y no tenía peligro de zozobrar. Además, tenía que dar tiempo al bote para que se alejase, para que se perdiese tal vez, como Clubin esperaba.

De pié sobre la cubierta de la *Duranda* naufragada, cruzó los brazos y saboreaba en la oscuridad el abandono en que le habían dejado.

Pesaban sobre él treinta años de hipocresía. Era el mal y aparecía ser la probidad. Odiaba la virtud con ódio de mal casado. Vivió siempre con premeditación malvada, cubierto desde que fué hombre con la armadura rígida de la apariencia. Interiormente era monstruo y vivía dentro de un tegumento de

hombre de bien, teniendo corazón de bandido. Era el prisionero de la honradez. Pasar por hombre honrado es duro, y cuesta gran trabajo mantener siempre en equilibrio el pensar mal y el hablar bien. Apareció como el fantasma de la rectitud siendo el espectro del crimen. Este contrasentido constituyó su destino. Necesitó tener buena apariencia, sonreír, presentarse como hombre probo. La virtud le ahogaba. Pasó la vida deseando morder una mano, pero para morderla tenía que besarla.

Tener que mentir siempre hace sufrir. El hipócrita es un paciente en la doble acepción de la palabra: calcula un triunfo y soporta un suplicio. Causa la mayor fatiga la premeditación indefinida de un mal golpe cuando la acompaña una dosis de austeridad, y la infamia interior cuando la sazona una excelente reputación. Causa inmensa fatiga componer el candor con el negro que el hipócrita muele en su cerebro; y querer devorar á los que le veneran, ser cariñoso, reprimirse, estar alerta, espiarse, poner buena cara á su crimen latente, es lo odioso de la hipocresía. Causa náuseas beber perpétuamente su propia impostura; la dulzura que la astucia dá á la maldad repugna al malvado, que se ve obligado á retener continuamente en la boca esta mixtura; llegan para él ciertos instantes en que está á punto de vomitar su pensamiento, y es horrible volver á tragar esa saliva. Añadid á esto el orgullo. Llegan para el hipócrita momentos extraños en los que él se estima. Existe un yo desmesurado en el bribón. El gusano se arrastra como el dragón y se endereza lo mismo. El traidor es un déspota atado, que solo puede hacer su voluntad resignándose á desempeñar el segundo papel. Es la pequeñez capaz de ser enorme. El hipócrita es un titán enano.

Clubin se creía de buena fé que era un oprimido. ¿Qué razón hubo para que él no naciera rico? Hubiera deseado heredar de su padre y de su madre cien mil libras de renta. No era culpa suya no haberlas heredado. ¿Por qué no dándole todos los goces de la vida se le obligaba á trabajar, es decir, á engañar, á hacer traición, á destruir? ¿Por qué se le condenaba al tormento de adular, de arrastrarse, de hacerse querer y respetar y de ostentar en el semblante una fisonomía que no era la suya? Disimular es sufrir una violencia. Se aborrece á la persona á quien se miente. Pero en fin,

ya había llegado su hora. Clubin se vengaba.

De quién? De todos y de todo.

Lethierry solo le hizo beneficios, pero para él eran agravios; por eso se vengaba de Lethierry. Se vengaba de todos ante quienes tuvo que reprimirse. Así se desquitaba. Todo el que le tuvo en buena opinión era su enemigo, porque fué cautivo de él.

Clubin había recobrado su libertad; se había evadido, no estaba ya al alcance de los hombres. Lo que éstos creían su muerte era su vida, que iba á empezar.

El verdadero Clubin desnudaba al Clubin falso. Todo lo había disuelto de un golpe. De un puntapié había abismado á Rantaine en el espacio, á Lethierry en la ruina, á la justicia humana en las tinieblas, á la opinión en el error, á la humanidad entera fuera de él. Acababa de eliminar el mundo.

En cuanto á Dios, esta palabra de cuatro letras le ocupaba poco, aunque quiso pasar por religioso.

Existen cavernas en el hipócrita, ó por mejor decir, el hipócrita entero es una caverna. Cuando Clubin se encontró solo, se abrió su antro. Tuvo un instante de delicias; aireó su alma.

Respiró su crimen con toda la fuerza de sus pulmones.

El fondo del mal se hizo visible en su fisonomía, se desplegó en ella. Sintió gran desahogo al quitarse la máscara. Gozó su conciencia al verse repugnantemente desnuda y al tomar libremente un baño ignoble en el mal. La comprensión de un largo respeto humano acaba por inspirar furioso deseo de imprudencia. Se llega á cierta lascivia en la maldad. En las espantosas profundidades morales, que apenas están sondeadas, existe no sé qué ostentación atroz y agradable, que es la obscenidad del crimen. La sosería de una buena reputación falsa excita el apetito de la desvergüenza, y el que la tiene desdeña tanto á los hombres, que quisiera que le despreciasen; le causa tedio ser estimado. Admira las formas francas de la degradación y contempla con codicia la indecencia, que tan hueca está con su ignominia. Sentirse sinceramente abominable es una voluptuosidad que Clubin experimentó en aquel momento. Vió que estaban saldadas las cuentas atrasadas de su disimulo; su hipocresía hizo el anticipo y Satanás le reembolsó. Clubin sintió el embriagador placer de ser desvergonzado.

Nada semejante pasó jamás en conciencia humana. No hay abertura de cráter comparable á la erupción de un hipócrita. Estaba contento de encontrarse solo, pero hubiera estado más complacido si hubiera habido ante él algún testigo. Hubiera gozado pudiendo decir cara á cara al género humano: ¡Eres idiota!

La ausencia de los hombres aseguraba su triunfo, pero lo disminuía; así, tenía que ser espectador de sí mismo.

Verse en la picota también tiene su encanto. Todo el mundo vé que sois infame, y obligar á la muchedumbre á que os examine es ejercer un acto de poder. El presidiario que está de pié sobre un tablado, en medio de la calle, con la argolla de hierro al cuello, es un déspota que obliga á todos los ojos á que le miren. Su cadalso tiene pedestal. Ser un centro de convergencia de la atención universal, es conseguir un triunfo. Forzar á que os mire la pupila pública, es una de las formas de la supremacía. Para los que agita el ideal del mal, el oprobio es una aureola. Desde allí se domina. Allí se está en una altura soberanamente. El poste que el universo contempla tiene alguna analogía con el trono.

Ser expuesto á la vergüenza es ser contemplado.

Un mal reinado tiene quizá goces de picota. Neron incendiando á Roma, Luis XIV tomando por traición el Palatinado, el regente Jorge matando lentamente á Napoleón, Nicolás asesinando á la Polonia cara á cara de la civilización, debían experimentar voluptuosidad parecida á la de Clubin. La inmensidad del desprecio produce en el despreciado el efecto de una grandeza.

Ser desenmascarado es una derrota, pero desenmascararse uno á sí mismo es un triunfo, una embriaguez, una imprudencia insolente y satisfecha, una desnudez que insulta todos los pudores, una suprema felicidad.

Estas ideas en un hipócrita parecen contradictorias y no lo son. La infamia es consecuente. La miel es hiel. Escobar confina con el marqués de Sade. Prueba: Leotadio. El hipócrita, cuando es malvado completo, encierra en sí mismo los dos polos de la perversidad. Es á la vez falso sacerdote y cortesano. Su sexo de demonio es doble. El espantoso hermafrodita del mal se fecunda á sí mismo, se engendra y se transforma. Le mirais

por una parte y es hermoso; le volveis por la otra parte y es horrible.

Clubin percibía confusamente estas ideas, pero le hacían gozar. La sucesión de los pensamientos de su alma era como una procesión de llamas de infierno, vislumbradas en medio de la noche.

Clubin permaneció así algún tiempo reflexionando y contemplando su honradez, como una serpiente contempla la piel vieja de que acaba de desprenderse. Todos creían en su honradez, hasta él mismo; pensando en esto soltó otra carcajada.

Le creerían muerto y vivía y era opulento. Le creerían perdido y se había salvado, dando este gran chasco á la estupidez universal. En ella comprendía á Rantaine. Clubin recordaba á éste con desden sin límites, con el desden que la garduña inspira al tigre. El realizaba la evasión que Rantaine no pudo verificar con buen éxito; éste partía chasqueado y él desaparecía triunfante.

No había combinado aun ningún plan preciso respecto á su porvenir. Le bastaba saber que en la caja de hierro que llevaba en el cinto encerraba un tesoro. Pensaba cambiar de nombre y en que hay países en que sesenta mil francos valen seiscientos mil. Pensaba también que sería una buena solución ir á uno de esos países á vivir honradamente con el dinero arrebatado al ladrón Rantaine, y especular, metiéndose en los grandes negocios y aumentando su capital hasta llegar á ser verdadero millonario. En Costa-Rica, por ejemplo, donde entonces principiaba el comercio del café, tenía probabilidades de ganar montones de oro. Pero eso lo vería más tarde; tiempo tenía para pensar en ello. Por de pronto había realizado lo más difícil. Su gran negocio consistía en despojar á Rantaine y en desaparecer, haciendo desaparecer á la *Duranda*; esto ya lo había conseguido. Lo demás era sencillo.

En lo sucesivo no era posible que encontrara ya ningún obstáculo.

Pensaba ganar la costa á nado; llegar á Pleynmont de noche, escalar el acantilado, ir á la casa hechizada, entrar en ella con la cuerda de nudos que ocultó de antemano en el agujero de una roca; en dicha casa hechizada encontraría ya su maleta, que contenía vestidos secos y víveres; allí aguardaría, porque sabía que no transcurrirían ocho días sin que tocasen allí Blasito y los contrabandistas españoles; conseguiría que le

transportasen, pagándoles bien, no á Tor-Bay, como dijo á Blas para desorientarle, sino á Pasajes ó á Bilbao. Desde allí pasaría á Veracruz ó á Nueva-Orleans.

Llegó el momento de echarse al mar; el bote estaba ya muy lejos, y una hora de natación era muy poco para Clubin; solo una milla le separaba de la tierra. Iba á echarse al mar, cuando de pronto se desgarró la niebla y apareció á sus ojos el formidable peñasco Douvres.

VII.

Interviene lo inesperado.

Sobresaltado Clubin, se quedó mirando.

Vió el espantoso escollo aislado.

Era imposible equivocarse respecto á aquella silueta disforme. Los dos Douvres gemelos se elevaban horriblemente, dejando ver entre ellos, como una trampa, un desfiladero que parecía la ladronera del Océano.

Estaban muy cerca de Clubin. La niebla, como un cómplice, los había ocultado á su vista. El capitán había equivocado el rumbo, á pesar de que éste absorbió toda su atención: le acababa de suceder lo que aconteció á dos grandes navegantes: á Gonzalez, que descubrió el Cabo Blanco, y á Fernandez, que descubrió el Cabo Verde. La bruma le había extraviado; le pareció excelente para la ejecución de su proyecto, pero no contó con que la bruma tenía sus peligros. Clubin se había desviado hácia el Oeste y se había equivocado.

El pasajero guernesiano, que creyó reconocer los Hanois, le determinó á hacer la evolución final.

Clubin creyó haber encallado en los Hanois.

La *Duranda*, que abrió uno de los bajos del escollo, solo estaba separada de los dos Douvres por algunos cables.

Más lejos, á unas doscientas brazas, se divisaba un cubo macizo de granito; en sus bastiones escarpados se veían algunas estrías y algunos relieves, á propósito para el escalamiento. Las esquinas rectilíneas de sus rudas murallas, cortadas en ángulo recto, hacían presentir que hubiera una meseta en su cumbre.

Dicho cubo macizo era el *Hombre*, peñasco más alto aun que las rocas Douvres. En él, la plataforma dominaba su doble punta inaccesible. La plataforma,

que se desplomaba por los bordes, tenía entablamiento y regularidad escultural. No se puede imaginar nada tan desolador y tan funesto. Las oleadas se plegaban tranquilamente ante las cuadradas superficies del enorme peñón negro, especie de pedestal para los espectros inmensos del mar y de la noche.

Aquel conjunto estaba como estancaado; no había allí ni un soplo en el aire, ni una arruga en las olas. En la muda superficie de las aguas se adivinaba la vasta vida anegada en aquellas profundidades.

Clubin había visto con frecuencia, desde lejos, el escollo Douvres, y se convenció de que era el que tenía á la vista; se convenció completamente.

Era un cambio brusco y terrible encontrarse, en vez de los Hanois, con los Douvres, y distar de la tierra cinco leguas en vez de una. Cinco leguas de mar, que son imposibles de salvar á nado.

La roca Douvres para el naufrago solitario equivale á la presencia visible y palpable de su último momento. Es como la prohibición absoluta de tocar tierra.

Clubin se estremeció. El mismo se había arrastrado al abismo. No le quedaba otro refugio que el peñasco el *Hombre*, porque era lo más probable que al avanzar la noche estallara la tempestad y que zozobrara el bote de la *Duranda*, que partió tan cargado de gente, y no podría llegar á tierra ningún aviso del naufrago. Ni se sabría siquiera que Clubin quedó abandonado en el escollo Douvres.

No tenía ante sí más perspectiva que la de morir de frío y de hambre. Sus setenta y cinco mil francos no le darían ni un bocado de pan. Todo el andamio que acababa de construir solo le sirvió para edificar su ruina. Fué arquitecto de su propia catástrofe. No había para él salvación posible. El triunfo se convertía en precipicio. En un abrir y cerrar de ojos, en el tiempo que tarda en desaparecer un relámpago, se desplomaba toda su construcción. El paraíso que soñó aquel demonio había adquirido su verdadera forma, la del sepulcro.

Acababa de levantarse fuerte viento. La niebla, sacudida y arrancada, se dispersaba por el horizonte dividida en pedazos informes. El mar reapareció.

Los bueyes, que el agua invadía más cada momento, seguían mugiendo en la sentina.

La noche se aproximaba y probablemente con ella la tempestad.

La *Duranda*, que movía poco á poco la marea creciente, oscilaba de derecha á izquierda y de izquierda á derecha, y comenzaba á girar alrededor del escollo como alrededor de un eje.

Podía ya presentirse el instante en que una ola la arrancase y la arrastrara al fondo del agua.

Había menos oscuridad que en el momento del naufragio. Aunque era más tarde, se veía más claro. Al marcharse la niebla disipó parte de la oscuridad. Por el Oeste estaba el cielo limpio, sin una sola nube. El crepúsculo presenta el cielo blanco, y su vasto resplandor alumbraba el mar.

La *Duranda* encalló en plano inclinado de popa á proa. Clubin subió á la popa, que estaba casi fuera del agua, y fijó la mirada en el horizonte. Su situación era desesperada, pero su alma siniestra no desesperaba. Creía que en cuanto se desvaneciera la niebla, los buques, que mientras ésta duró se quedaron al paio ó anclados, emprenderían otra vez el camino y tal vez podría descubrir alguno de ellos. En efecto, vió aparecer una vela.

Venia del Este y caminaba hácia el Oeste.

Desde lejos no distinguió qué clase de embarcación era. Solo tenía un mástil, su aparejo era de goleta, su bauprés casi horizontal. Era un falucho. Antes de media hora, según los cálculos de Clubin, pasaría bastante cerca del escollo Douvres, y el capitán dijo para sus adentros:—Me he salvado!

Aquel falucho era quizá extranjero. ¿Quién sabe si sería uno de los buques contrabandistas que iban á Pleynmont? ¿Quién sabe si iría en él el mismo Blasito? En ese caso salvaba no solo la vida, sino también la fortuna, y el encuentro del escollo Douvres, suprimiendo la necesidad de esperar en la casa hechizada y desenlazando la aventura en alta mar, sería un incidente feliz. La certidumbre del éxito volvió á animar á Clubin.

Es cosa extraña que los malvados crean que les corresponde tener éxito feliz en sus empresas.

La *Duranda*, que estaba varada en los peñascos, mezclaba su contorno con el de éstos, con el que se confundía, y siendo escasa ya la luz, no podía llamar la atención del buque que iba á pasar. Pero una figura humana que se destacase en negro sobre la blancura crepuscular, po-